



Una colección especialmente diseñada para  
acercar a los niños al placer de la lectura

Títulos publicados

**GENOVEVA**

Texto de Emma Rodríguez  
Ilustración de Felipe Ugalde

**CLARA Y EL CANGREJO**

Texto de Aline Pettersson  
Ilustración de Isabel Noriega

**EL SECRETO DE PEREJIL**

Texto e Ilustración de Laura  
Fernández

**MI CABALLITO ROJO**

Texto de Eduardo Langagne  
Ilustración de Felipe Alcantar

**EL DÍA QUE FUE DE NOCHE**

Texto de Eva Solgado  
Ilustración de Diego  
Echeagaray

**LOS LIBROS TIENEN LA PALABRA**

En el Estado de México visita la Librería "Verma"  
Prolongación Isidro Febela Sur No. 799,  
Atzacmulco

**ROSENDO**

Texto e Ilustración de  
Verónica Murguía

**LA RANA AMARILLA**

Texto de David Martín del Campo  
Ilustración de Octavio Ruiz

**EL CONEJO Y EL COYOTE**

Versión e Ilustración de  
Maribel Suárez

**LA REINA DE NUNCA JAMÁS**

Texto de Carolina Rivera  
Ilustración de Rosario Campos

**LAS SEMILLAS Y LOS  
CUENTOS**

Texto de Verónica Molina  
Ilustración de Gloria Calderas



9 789688 563151

**DI SÍ A LA LECTURA**

ANTOLOGÍA DE CUENTO, RELATO O VIÑETA

\$ 3,000  
NS 3,00

# ASUNTO DE DEDOS

## y otros dos



VALADES, SANTA JULIANA, LOPEZ



Quincenal



**RADIO  
EDUCACION**

**XEEP 1060 KHZ  
XEPPM-OC 6185 KHZ**

Cultura con imaginación



**PIPSA**

Grupo Industrial y Comercial

El Papel de la Cultura

## XVII

**La primera leyenda**

*Celso Santajuliana*

**Asunto de dedos**

*Edmundo Valadés*

**ESPEJITO, ESPEJITO**

*Izta López*

Diseño de portada: Plaza y Valdés

Primera y única edición: Diciembre de 1992

© Plaza y Valdés, S.A. de C.V.

© Edmundo Valadés y Celso Santajuliana

Derechos exclusivos de edición reservados para todos los países de habla española. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin autorización escrita de los editores.

Editado en México por Plaza y Valdés Editores,  
Calle Cedro 299, Col. Sta. Ma. la Ribera,  
México, D.F., Tel. 547-46-00

ISBN: 968-856-301-3

HECHO EN MEXICO

## La primera leyenda

*Celso Santajuliana*

**L**uego de que su madre apagaba la veladora, Florencio se estaba quieto, y al suponer que en casa todos dormían se paraba sin hacer ruido y saltaba descalzo. La colina se veía salpicada de tanto en tanto por la luz de las cabañas distantes y prestando un poco de atención a las sombras y los ruidos, se podía adivinar el tamaño de los animales. Estuvo escuchando las sombras hasta reconocer en ellas la que buscaba. La distinguió por el sur. Supo que era él, el Nagual, el mismo que una noche sin luna rondó por su casa, hurgando las ventanas hasta encontrar la mirada temerosa del niño Florencio. Esta vez el Nagual tenía cuerpo de oso, pero Florencio sabía que no siempre era así.

Supo que el Nagual no saldría del bosque porque era noche de luna, y si quería verlo tendría que ir a su encuentro. Oyó la sombra que se internaba cada vez más pero al acercarse al río no lo cruzó; lo esperaba en la orilla, con forma de coyote.

Temeroso permaneció dentro del bosque, observando como minutos antes lo hi-

ciera el Nagual. Por fin Florencio se animó a salir y el Nagual le dijo que sería él, de entre los mortales, el único que conocería la primera leyenda. El coyote hizo una pausa y antes de que pudiera continuar, un estruendo reventó la noche; era el padre de Florencio quien disparaba. El Nagual entonces se convirtió en mariposa y huyó revoloteando entre las piedras del río.

Florencio cayó inconsciente y su padre lo cargó de vuelta a casa. Por la mañana nadie dijo nada y el niño no vio la sombra aquella nunca más.

De eso han pasado ya setenta años y el viejo Florencio todavía va por las noches al claro del río y pide a las mariposas que le cuenten la primera leyenda, las mariposas lo miran con pena y se van revoloteando entre las estrellas.

## Asunto de dedos

*Edmundo Valadés*

**H**oy lo tomé, ¡al fin! Me dio miedo. No sé por qué temí que viniera el gerente. Querrá que me desnude. Será como la otra vez, cuando desapareció un fajo de billetes grandes. Nos encerraron a todos, para esculcarnos. Secamente dieron la orden: "¡Quítense la ropa!" El tipo aquel no me perdía de vista. "No fui yo, se lo juro, no puedo desvestirme." Inútil. ¡Cayray, si los demás pudieran leer en los ojos! Los míos lo revelaban casi con lágrimas: ese día no me puse la única muda de ropa interior que uso; se cortó el agua y quedó enjabonada. ¿Qué dirían los demás? Ese respeto a mis canas se trocaría en lástima cuando se enteraran que sólo llevaba encima el traje que me viste desde hace dos años. Me resistí. Ante las dos vergüenzas —que me creyeran ladrón o que descubrieran mi desnudez—, escogí la primera. Fue en vano. Todos me rodearon. Los tipos querían el dinero. "Si lo tomó, lo trae encima; no ha tenido tiempo para sacarlo." A fuerzas pretendieron zafarme la ropa. Comprendí que podrían destruirme el traje y recordé que tenía que



asistir al velorio, al 3, donde se les murió la niña. Yo mismo me desembaracé del saco, del chaleco, de los pantalones. Cuando estuve desnudo de la modesta dignidad que me cubre — el viejo traje convertido en mi segunda piel —, ya no me importaba. Así como un condenado a muerte se resigna a morir y llega al paredón absurdamente tranquilo, así yo me despojé de la ropa, del rubor y la vergüenza. No lo olvidaré nunca, pero dejó de hacerme daño.

Eso me hizo pensar en el gerente al tomar el billete. Era natural: vencí tantas resistencias íntimas para decidirme. Durante seis meses estudié todos los medios para obtenerla. Me fascinaba la pipa. Día a día le lanzaba una mirada o la contemplaba arrobado, colocada en el escaparate, expuesta en un bonito estuche. Una auténtica *Dunhill*, con su etiqueta marcando el precio de cien pesos. A través del cristal intuí su olor a manzana, a madera, a bosque. Muchas noches, en casa, mientras Matilde se lamentaba de lo que yo ya no me lamentaba — lo difícil de una vida a la que uno es cercado a resignarse —, me abstraía en la pipa, me embriagaba en la satisfacción de poder gozarla. La he sentido en mi mano, entre mis dedos, arrojando un humo sedante, agradable, aromático, mientras sorbía su placer a bocanadas largas, sabrosas. Así llegué a comprender que era la última felicidad a que podía aspirar en la vida.

Decidí comprarla. Todo lo ideé: aumento de sueldo, regresarme a pie a casa, no comprar periódico tres veces a la semana, no darle su domingo a mi sobrina, fumar la mitad de cigarrillos que fumo. En un mes ahorré cuatro pesos. Ese día Matilde se puso mala: pude apenas pagar la consulta del médico.

La pipa siguió incitándome, se transformó en una pasión. Cuando uno ha dejado que la erosión del fracaso destruya los grandes anhelos, se deja dominar por los pequeños, que resultan ser más fuertes, más apremiantes. Intenté convencerme de que podía comprar una de mejor calidad, más económica. No pude. Así como de joven, cuando sufrí mucho por una mujer, traté de consolarme buscando otra, sin resultado, así con la pipa: tenía que ser precisamente la del escaparate. A la búsqueda de posibilidades, surgió la última: tomar un billete de cien, de esos que cuentan mis dedos, para reponerlo a la larga. Podía ir escamoteando que comprobaran la falta. ¿Y si me descubrían? Eso me detuvo varias semanas, hasta que al fin se exasperó mi deseo y no me importó arriesgarlo todo. Me remordió la conciencia por Matilde, porque de tener que pagar la substracción de inmediato, los descuentos iba a tener que aplicárselos a ella, de mi sueldo, recortándole lo ya de por sí poco que le doy. ¿Y si preguntaba por la pipa? No podría suponer que era fina,

legítima; que había costado cien pesos. Como tampoco lo que significaba para mí.

Me fue muy difícil, pero lo tomé. Les transmití todo mi valor a mis dedos; los dirigí a la captura del billete como si tuvieran que cuidarse de cien miradas. Prestos, furtivos, lo escondieron en mi bolsillo. Por encima del pantalón estuve verificando rato a rato que se hallaba seguro. La certeza de que la pipa podría ser mía me dio ánimo para no escuchar a los condenados escrupulosos que me empujaban a devolver el billete. Estaba muy emocionado, aturdido. Mi corazón retumbaba y yo lo sentía como un muchacho gritón, a quien uno quisiera callar de cualquier modo.

Mi compañero de ventanilla vecina — sólo nos divide un enrejado de alambre — me entretuvo contándome mil pormenores de la operación quirúrgica a que sometieron a su esposa. Yo veía el reloj y cómo los demás empleados iban desapareciendo. Tuve que soportar la historia hasta el fin. Ya salí, olvidando el sombrero. Al regresar por él, me topé con Felipe. Felipe, el mozo, es más viejo que yo, que todos los que trabajamos aquí. Su orgullo es hacernos saber que conoció a don Manuel — el gerente — desde que éste era chiquillo. Felipe llegó aquí antes de que se construyera el edificio del banco. El padre de don Manuel lo saludaba todos los días al llegar y eso lo hacía feliz.

Saludo que se acabó al suplir don Manuel a su padre. Por falta de ese saludo que era su pan diario, su vino, su aumento de sueldo, a Felipe se le agrió el carácter, se volvió taciturno y de mal talante. Por eso me sorprendió: el viejo estaba llorando sorda, pero visiblemente.

No sé qué mala corazonada me asaltó, que hundí la mano en el bolsillo en instintiva defensa del billete. “¿Qué le pasa, don Felipe?” El hombre traía su pena grande y me la arrojó sin saber el daño que iba a causarme: tenía a su hijo, muerto, esperando sepultura. Con la gorra en la mano se había animado a llegar hasta el despacho de don Manuel. Quería que le prestaran para el entierro. Nada, un poco más de cien pesos, de la misma manera que él sabe que le prestan a otros. Esperó toda la mañana, con un mudo dolor escondido entre las grietas de sus arrugas, tercamente esperanzado de que el patrón le arreglaría lo del préstamo. Claro, aquí se trata de que no salga dinero que no esté garantizado. Don Manuel le alegó lo críticas que están las cosas, el control de los créditos, aludió a los reglamentos del banco y sólo le regaló cinco pesos. Y allí estaba ante mí, esperando algo...

Me anonadé. ¡Qué mal me sentí! Saqué la mano empapada en sudor. Estuve a punto... pero me aferré a la pipa con toda mi alma. Seis meses de tremenda lucha interior para decidirme. No

podía perderlo todo en un minuto. No me atrevía a mirarlo. Viendo a otro lado, sin dejar conmovirme por sus manos suplicantes, evadí sus ojos encharcados en amargura, en una amargura abrumadora, pesada. "Me hubiera dicho antes, hubiéramos hecho una colecta." Decidíirme, escapar al asedio de su drama. "Mejor devuelvo el billete, mejor devuelvo el billete." Era mentira, compraría la pipa de todos modos. "Perdóneme, se me hace tarde; a ver mañana qué hacemos." No me dijo ya nada, acallado por su desesperación, ajeno a que por una eternidad había sido el ojo de mi conciencia.

¡Qué cosas! Uno cree que el corazón ha endurecido y de repente se acongoja. ¡Ah, pero la pipa! Su cercanía me ayudó a superponer otras imágenes sobre la de Felipe. Pasé al vuelo frente al escaparate. Sólo una mirada. Mejor mañana, que olvide esto. Cuando llegué a casa, afuera, los del 5 se hallaban en la calle con todos sus enseres. No necesité indagarlo. Comprendí que los habían lanzado por no pagar el alquiler. Pero lo que no imaginé nunca fue el estado de Matilde. Estaba furiosa, como leona. Habló contra el Gobierno, contra los ricos que les quitan un techo a los pobres. La tomó conmigo, contra el banco. Y luego, llorando, para dejarme atónito: "Preferiría que robaras al banco y salvaras a estas desgraciadas gentes, Donaciano. ¿Qué van a hacer, con don Santia-

guito sin trabajo? Y los pobres niños..." Le contesté molesto: "Tú sabes que soy incapaz..."

¿Incapaz? Mi mano palpó el billete. No se dio ella cuenta, si no, se sorprende de la cara que debía haber puesto. Fue tan rudo el golpe, que eso me salvó. Me repuse. Tenazmente le di antídotos a mi compasión: ¿qué tenía yo que ver con esas tragedias? Son cosas de todos los días, el mundo es así. ¿Y qué remediaría? Al poco tiempo, otra vez cien pesos más. Un barril sin fondo. Los lanzarían más adelante. No, era absurdo ceder. Me defendí. Además, no he robado. Ha sido un préstamo. Lo pagaré. Tengo derecho a mi pipa. Toda la vida he trabajado, no le he hecho mal a nadie. "Perdóname, Donaciano, ya sé que no podemos hacer nada. Pero es muy duro presenciar eso." Parecía una consolación a mi silencio culpable. Yo estaba aferrado a la pipa, para siempre...

No pude dormir. ¡Cuántas cosas se pueden pensar en una noche que tuvo un día así! Se puede recorrer la vida entera, de principio a fin. Se pueden soltar todas las distancias, puede uno decidir todas las cosas; puede uno forjarse de sí mismo todas las efigies que se quieran. Noches tan largas, que hay tiempo para acomodar en el cerebro todo el universo, todas las sensaciones, todas las ideas, los sentimientos, lo que se ha sido, lo que no se ha sido, lo que se



ha querido ser. A veces me duelen los dedos. ¡Cuántas cosas bellas pudieron haber hecho en la vida! Me gustaba la música, podía haber sido un gran pianista, quizá hubiera compuesto famosos conciertos. ¡Ya es tarde! Sólo sirvieron para contar dinero tras la ventanilla de un banco. Eso es todo: contar, contar. Allí, en fila, cada quien espera su turno: los que depositan, los que cobran. Mis dedos, diestramente, preparan ordenados fajos. Son el alimento de las insaciables bóvedas de seguridad. Afuera, millones de hombres sufren. Aquí dentro se acumula lo que haría la vida menos mala... Pero del joven que quiso emprender grandes hazañas sólo queda el hombre que finalmente desea, por encima de todas las cosas, una pipa.

¡Qué trabajo para levantarme! Llegué tarde al banco. ¡Qué descanso no ver a Felipe! Otra vez a contar, con los dedos entorpecidos, duros, difíciles de manejar hasta para esconderse, con temor, en el bolsillo. Me olvidaba a ratos de mis recientes impresiones, como si se hubiera tratado de un sueño. Fue cuando penetró Conchita en mi caja. Ella es una linda muchacha de veinte años, todo dulzura. Es hija de Pedro, un amigo, un antiguo amigo de la mocedad. Conchita es para mí casi una hija, la hija que Matilde no pudo darme. Me saludó como siempre, con ese modo que da calor a mi corazón, a mi senectud. Sus ojos estaban tristes. Sin

contener las lágrimas, me confió su angustia. Creía que era por algo relacionado con su novio, un mocetón de esos a la moderna que aspira a casarse con ella. No, era sobre Pedro: un ataque de apendicitis. Estaba en el hospital y le faltaba dinero para ajustar lo de la operación. La chica estaba desesperada, no sabía ya a qué medio recurrir para reunir lo faltante. Y me lo confiaba no por esperar que yo le solucionara el problema, sino para que la animara.

Mis dedos habían estrujado el billete, allá en la bolsa, como malhechores que rematan un crimen. Lo confieso: se me nubló la vista, el corazón me repiqueteó como si se hallara convicto ante un juez incorruptible. ¡Qué desazón! Es tan duro permitir que se desmorone un proyecto largamente acariciado. Se ha vivido en el vacío, sin perspectivas, como dándole de vueltas, sin descanso, a una noria. La vida se ha convertido en un negro y espeso muro. Un día uno logra perforar un pequeño agujero; se ha dejado en eso el alma, pero al fin se ve un claro, una lucecita. Sí, es pequeña, ¡pero cuánto significa! Y he aquí que la conciencia lo empuja a uno a tapar ese alivio. ¿Los demás? ¿Las miserias que nos rodean? Y uno ¿qué? ¿Quién adivina lo que se ha dejado en el camino, lo que ha sacrificado? ¡La pipa! Ella es la lucecita, es el último hueso que se podrá roer. Y allí está Conchita, sollozando. ¿Cómo olvidar al cora-



zón? ¿Cómo ser egoísta, frío, cruel? Yo sé: recordar tantos días grises, implacables. No hay en ellos una gota de piedad, una sonrisa profunda. Llegar a casa, como siempre, a darle a otro ser la mitad de nuestra amargura; recibir, en cambio, una amarga resignación. La pipa puede cambiarlo. ¡No, no puedo ceder! La pipa es para mí, aunque ya no lo quisiera, algo más importante que la desgracia de Felipe, que la miseria de los del 5, que la salud de Pedro. ¡Que las mismas lágrimas de Conchita!

Ahí está la salvación: se han aglomerado varios clientes frente a mi ventanilla. "No se apure, don Donaciano, yo sé que los conseguiré." A contar, a contar. Al hacerlo, no se puede pensar en nada. Así me acostumbré a soslayar mis pensamientos molestos. Sólo cifras, cuentas. Los ojos vigilan a los dedos como un domador lo hará con un animal amaestrado. Todo el cerebro está alerta a que no haya ningún error. Es dinero del banco y no se permiten equivocaciones. Un descanso. La pipa. Me excito como quien sabe que la cita de hoy, con la mujer deseada, es la definitiva. Hoy será mía. Es angustioso no hacerlo ya. Un pretexto. En nada más quince minutos puedo ir por ella. Me invade el ansia de perderla, de hacerme atrás. Voy por ella. Me siento ligero. Estoy frente al escaparate: ahí está esperándome. Tembloroso, cuando la pido a la dependienta, me embarga

la más fuerte emoción. Me la muestra. Qué bien se acomoda al hueco de la mano, qué grato es para los dedos sentirla, acariciarla, apretarla...

¡Y qué espantoso! De golpe se me revela que no seré ya capaz de comprarla, que no será mía jamás. Todo se derrumba dentro de mí. ¿Qué ocurre? ¿Dónde está la fuerza que tuve para vencer la compasión? En eso dejé todo. El muro se ha cerrado otra vez, para siempre; la lucecita se ha cegado. Estoy en tinieblas. ¡Y qué derrota! "No, señorita, no era ésta... Perdóname..., volveré otro día." No, no volveré.

Regreso al banco, lentamente. Estoy en mi jaula. El billete está en mi mano. No es mío, no es suyo, no lo será nunca. Lo reintegro. Nadie sabrá jamás lo que he perdido, ni mi egoísmo, mi cobardía. Lo que pudo aliviarse y no se alivió. Ninguna cifra alterará el total del balance. Todo estará correcto: cien pesos más en la bóveda.

## ESPEJITO, ESPEJITO

Izza López

Querido Diario:

**A**yer Marina se murió. La atropegó un camión, cuando iba saliendo misa. Yo venía caminando por la plaza cuando la gente empezó a correr para la iglesia, y entonces yo creí que la misa ya había empezado y me fui corriendo yo también, pero voy llegando y está toda la gente amontonada en la calle, como cuando queman a los judas, así que me fui metiendo y voy viendo que está Marina acostada en medio, con la boca y los ojos abiertos, viendo para el cielo. Entonces creí que Marina había visto un ángel, pero me voy fijando que traía toda la blusa desabotonada, y pensé: ¿qué hace Marina tirada en la calle con la blusa así? Entonces sale el padre y dice: Está muerta. Y luego le echó la bendición y se la llevó cargando con Francisco el acólito para adentro de la iglesia.

Yo digo: Qué bonito morirse saliendo de misa. Seguro que se fué derecha al cielo.

Las alumnas regresaron de misa contándose secretos entre pasos rápidos y misterios del rosario. Entraron al internado por la puerta de atrás,

recorrieron los patios de concreto y filas de otras alumnas idénticas en idénticos uniformes, y subieron al aula como sombras azul marino de trenzas húmedas y alientos de pasta de dientes.

—Pueden sentarse.— Permitió Sor Margarita sentando ella misma su cuerpo flaco detrás del escritorio, con la corrección que sólo podían enseñar veinte años de cofias y persignaciones. Las treinta alumnas se sentaron también, como una sola.

—Antes de empear la clase, hagamos una jaculatoria por el eterno descanso del alma de su compañerita.

"Señor Dios Nuestro, haz que los hombres sobre la tierra se amen los unos a los otros y las almas de los que han partido descansen hoy y vean algún día tu luz eterna".

—Amén.— Terminaron las treinta voces acostumbradas a recitar fórmulas matemáticas.

—Una de ustedes, muchas, está muerta. Muerta. Piénsenle bien.— Sor margarita se caló las gafas de cristales verdes y recorrió con sus ojos bifocales al grupo. —Dos metros bajo tierra, en una caja de fierro. Piénsenle bien la próxima vez que se miren en esos espejitos que esconden, y se pinten la boca cuando creen que no las vemos, y se acuerden de lo que les va a pasar a esas boquitas pintadas cuando pasen por lo que pasó Marina. Ese amor que le tienen ustedes a la carne

propia...— Negó con la cabeza revolviendo la cofia, mientras se acercaba al pizarrón y levantaba un gis.

—Amor; en griego, filis.— escribió haciendo chirriar la tiza. Se volvió y apuntó con el dedo la cabeza oscura de una alumna.

—Montserrat; Una palabra que lleve un sufijo griego que empiece con efe.— Montserrat la miró con dos ojos como dos canicas negras.

—Necrófago: el que se alimenta de los muertos.— Contestó con apenas una sonrisa. Sor Margarita se quedó un momento sin saber si ofenderse o ignorar la respuesta, pero finalmente la escribió en el pizarrón sin ningún comentario. Montserrat copió diligentemente en su cuaderno.

Caminó con sus pasitos desencajados con Lourdes de un lado y Guadalupe del otro, hasta una esquina del patio donde se reunían otras alumnas más chicas a esperarlas, alrededor de un árbol. Las tres se sentaron al mismo tiempo, Montserrat aun al centro, e ignoraron cuidadosamente a las más chicas.

—Tenía toda la blusa desabrochada.— Dijo Montserrat amarrándose la agujeta de un zapato.

—Iba saliendo de misa. Ya saben, siempre iba a misa de doce.— Observó Guadalupe como si hablara sólo a las otras dos, pero lo suficientemente alto para que la escucharan también las chicas.

—Y entonces vino un camión blanco, pero ella no lo vio porque iba volteando para ver a Francisco el monaguillo.— Completó Lourdes secamente, bajándose el borde del uniforme para cubrirse las rodillas. Las menores se taparon las risitas con las manos, por debajo de lo ojos brillantes.

—Y le pegó el camión y se fué volando, como si estuviera hecha de trapo— dijo Guadalupe, describiendo con la mano la lenta parábola de un cuerpo imaginario.

—Cuando cayó, ya tenía la blusa desabrochada.— Concluyó Lourdes, las manos recatadas sobre la falda, los ojos bajos.— Se la llevaron el padre José Luis y Francisco; el padre por los brazos y francisco por las piernas.

—¿Y le varía los chones?— Preguntó tímidamente una de las más chicas. Lourdes y Guadalupe la miraron en silencio, pero Montserrat le contestó al fin.

—Yo creo que también los calzones se le salieron.— Una sonrisa lenta le estiró los labios, hasta que enseñó los dientes filosos.

Les decían Las Tres Vírgenes, por los nombres que tenían. Como nunca estaban separadas, era difícil pensar en ellas por separado. Formaban una unidad indisoluble y, muchas de las alumnas pensaban, todopoderosa. La verdad era que necesitaban una de la otra, como una gota necesita otra gota para formar una más grande. Lourdes

era morena, alta y flaca como un poste; de ojos alargados y serenos, como todo en ella. Guadalupe era rubia, con unos ojos verde turbio, del color de las lagunas rebotadas, y la piel enformizamiento pálida, como si la hubieran borrado. Y Montserrat era bajita y de articulaciones desencajadas y torcidas, y de ojos chicos y brillantes.

Y como eran distintas de vista, eran distintas de alma.

Querido Diario:

Estaban jugando con una pelota. Montserrat la aventó al suelo y Lourdes la cogió, y dijo: "La aventó un camión, y la dejó con todos los huesos flojos." Y luego la aventó la pelota a Guadalupe, y ella dice: "Y le echa la pelota a Lourdes y ella dice: "Y Luego se despertó y quiso gritar, pero no pudo, porque estaba muerta." Y las tres se rien, y Lourdes le avienta la pelota a Montserrat, y Montserrat dice: "Y se quedó con los ojos abiertos para siempre, viendo cómo se le hinchaba la cara en el espejo del ataúd."

Así que a la gente se le pudre todo menos los ojos y el alma, ¿no?

—Polvo somos y en polvo nos convertiremos.— Dijo Sor Margarita al grupo de alumnas en la capilla. —Pero eso no justifica el que algunas de ustedes se dediquen a perturbar a sus compañeras con ideas raras que nada tienen que ver con el significado cristiano de la muerte.— Su mirada de cristales verdes e insinuaciones ca-



yó sobre Las Tres y se quedó ahí lo suficiente como para hacer bajar los ojos a Lourdes y Guadalupe.— Y si cualquiera de ustedes cree que en los pasillos o en los baños de este colegio se puede hablar de cosas que las hermanas no llegamos a escuchar, se equivoca. La educación que les impartimos garantiza que aún entre los grupos más... selectos de ustedes, habrá siempre una con la conciencia suficiente como para confiar sus inquietudes espirituales en nosotras.— Montserrat sonrió inocentemente mientras observaba a un Cristo flagelado que estaba cerca del altar enseñando un par de costillas entre girones de carne.

—La muerte puede ser terrible si, como decíamos ayer, se piensa en ella sólo como el fin del cuerpo. Pero la muerte puede y debe ser, para el buen cristiano... Continuó Sor Margarita, luciendo con su sonrisa un diente de oro en el justo centro de la dentadura. —un paso, una fase de transición...— El Cristo estaba escurrido de sangre desde la corona de espinas hasta los talones despellejados. —Un desprenderse de todo lo mundano... —Detrás de las costillas que el Cristo enseñaba, descansaba un ennegrecido par de pulmones. ¿Si se acercaba una lo suficiente podría verle el corazón también? —Para entrar al plano de la pureza del espíritu, que nunca muere.— Un pájaro muerto se estrelló con un ruido sordo en el suelo de la capilla. Mientras Sor Margarita se volvía sobresaltada a mirarlo, Montserrat dijo:

—Maria.— Las otras dos asintieron en silencio.

Sobre el pañuelo extendido de Montserrat estaba el pájaro muerto.

—Así que es ella la que le dice las cosas a Sor Margarita.— Suspiro Lourdes mirándose las uñas.

—Sí, Socorro fué la única que nos vio jugar con la pelota. Y hablar de Marina y su espejo en el ataúd.— Asintió Guadalupe. Luego puso sus ojos color charco en el pájaro muerto.— ¿Para qué es?— Preguntó con un leve temblor de labios.

—Es un regalo para Socorro.— Contestó Montserrat con su sonrisa de vampiro —Para que busque el borde de su espejo.

Querido Diario:

Ayer en la noche me encontré un pajarito debajo de la almohada. Estaba muerto. Lo voy viendo y pienso: se murió de frío. Pero luego veo que tenía una cartita que decía:

Estoy sola. Marina.

Pues sí, Marina también ha de tener frío.

—¿De quién es?— Preguntó Montserrat. Guadalupe estaba sentada en el suelo de azulejos del baño. Levantó la mirada para encontrarse con las canicas negras que eran los ojos de Montserrat.

—De Francisco, creo.

—¿Y porqué fregados no nos dijiste nada antes?— Los ojos turbios de Guadalupe se agitaron como las aguas revueltas.

—Porque no querías que suspiramos que el idiota ese te había abierto las patas, ¿no?— Se adelantó Lourdes hablando apenas más alto del susurro que solía ser su voz. Guadalupe empezó a llorar entre pujidos.

—¿Y ahora qué voy a hacer?— Preguntó sorbiéndose los mocos.

—Vas a hacer lo que tienes que hacer.— Ordenó Montserrat haciéndola levantarse de un brazo.

Caminaban en fila, Montserrat abriendo el paso y Lourdes cerrándolo justo detrás de Guadalupe, que no dejaba de voltear para atrás como si vinieran juntos Sor Margarita y El Diablo siguiéndolas. Nunca habían salido del internado de noche. En el suelo junto a ellas, la luz de neón naranja se encharcaba en manchas enfermizas, que se agitaban con el contacto de sus tres sombras alargadas. No había luna ni estrellas, el cielo era del negro de la obscuridad en que vivía el hijo que Guadalupe llevaba dentro.

Atravesaron la calle frente a la iglesia, que de noche parecía un toro dormido, con los cuernos levantados. O un diablo. O un camión blanco. Pasaron por las banquetas, junto alas tiendas cerradas, por las calles empedradas, los tiraderos de basura y los desagües de los callejones mojándose las calcetas con agua podrida. Y entonces llegaron a una casucha con la puerta de lámina manchada de orín rojo. Montserrat tocó una sola vez,

bajito. En el umbral apareció un hombre grasiento y despeinado, que cuando las vio sonrió enseñando sus dientes blancos, incrustados cada uno con tres diamantes.

Montserrat había traído dos cosas de donde el hombre con diamantes en los dientes: un polvo blanco, y un espejo. Lo primero que utilizó fué el polvo.

Guadalupe estaba tirada en el suelo del baño, con el camisón enrollado en la cintura, y las caderas en un charco de sangre. Entre la pierna tenía un niño muerto. Montserrat se acercó por detrás de ella y la lento por las axilas.

—¿Lo ves? Le preguntó cerca del oído. Guadalupe lo veía, un gusanito viscoso que hubiera podido convertirse en un hombre si Montserrat lo hubiera dejado. Asintió en silencio.

—Pues no es tu hijo.— Guadalupe volteó el rostro macilento, del color de la manteca, hacia Montserrat. —Ahora es el hijo de Marina.

Al día siguiente, cuando Guadalupe se desmayó, las monjas le dieron un té, para la flora intestinal.

Querido Diario:

Marina tuvo un hijo de Francisco. Lo supe porque Lourdes dijo que Francisco le había abierto las pernas a Guadalupe, y yo ví cuando se las abría a Marina, para cargarla, después de que la apachurró el camión. Y luego nace el niño de Guadalupe, pero muerto, porque es de Marina y

Marina está muerta, y aparte Montserrat así lo dijo.

Ha de ser que como Francisco le abrió las piernas también a ella, Marina escogió a Guadalupe para que por intercesión de ella naciera su hijo. Yo digo.

—Compartir es importante.— Comentó Sor Margarita al dar una de sus maestras puntadas sobre tela de cuadrillé. Luego se quitó los lentes de cristales verdes y recorrió a su grupo de alumnas con la mirada.— Hay veces que alguna de ustedes quisiera ser amiga de otra compañerita, con la que no se lleva bien o tuvo un problema. Yo les aseguro que la mejor manera de hacer o rehacer su amistad con ella es llevándola al Señor.— Una sonrisa bobalicona bailó en los labios de las alumnas, pero desapareció cuando Montserrat empezó a retorcerse de risa en el suelo.

Querido Diario:

Las Tres enterraron al hijo de Marina en el patio de atrás. Las ví cuando llevaban el bultito en una funda de almohada, y cuando empezaban a escarbar debajo de la palma.

Luego fui yo en la noche, y que puse a sacar la tierra con palito, hasta que encontré la cajita donde lo habían puesto. Estaba toda forrada de papel aluminio, como si el niño estuviera adentro de un espejo. Como si fuera el sarcófago de Blancanieves, todo hecho de cristal.

Yo digo: ¿no era que los niños nacían con los ojos cerrados? Si tiene los ojos cerrados no sirve de nada ponerlo adentro de un espejo, porque no puede verse muriendo su muerte. Pero alo mejor este niño nació con los ojos abierto, porque nació muerto. Quién sabe.

Montserrat se quitó los zapatos y se paró descalza en la tierra del jardín. Guadalupe la miró un momento como si fuera de vidrio y viera a través de ella, y luego enfocó extrañada la mirada sobre los pies descalzos de la otra. Lentamente se sacó los mocasines y plantó los pies en la tierra húmeda.

—¿Qué sientes?— Le preguntó Montserrat moviendo los dedos de los pies como si rascara en el suelo. Guadalupe entrecerró los ojos.

—Siento cómo crece la hierba.— Murmuró con una sonrisa. Lourdes levantó la mirada al cielo, dejando que la misma luz que hacía crecer la hierba, la misma luz que Dios encendiera aquel primer día del mundo, dibujara sombras con sus pestañas.

—No, Guadalupe, tienes que ir mucho más al fondo. Yo siento a los gusanos.— Corrigió Montserrat. Luego se agachó y empezó a hacer un agujerito en el suelo con el dedo. —Al fin y al cabo, tu hierba y mis gusanos, acaban siempre por ser la misma cosa.— Arrancó una brizna de hierba y empezó a masticarla.

Socorro jaló la cortina de la regadera y salió arrastrando sus pies mojados, dejando una estela como la que dejan los caracoles en el suelo. Llegó al tercer ropero, que era el suyo, y al abrir la puerta se encontró con sus propios ojos mirándole desde adentro. Era un espejo, que le devolvía su propia desnudez mojada, sus pechos caídos, sus caderas hinchadas, su acné en la cara pálida, su boca abierta en una sorpresa llena de aparatos dentales. Bajó la vista para ver si era así realmente, pero en el camino sus ojos se encontraron con una nota al pie del espejo: "TE ESPERO MARINA"

Estaba parada en la banqueta, bajo la sombra cornuda de la iglesia nocturna. Y vio como las tres sombras de ellas se detenían al borde de la de la iglesia.

—¿Qué haces, Socorro?— Preguntó Montserrat casi como si no lo supiera.

—Espero. A Marina.— A lo lejos se escuchó un motor acelerado. Lourdes pensó que llegaría justo a tiempo, como el Angel Exterminador lo habría hecho en su momento.

Las luces de los faros iluminaron la mitad de todos los rostros cuando el vehículo dobló la esquina de la iglesia, y Montserrat le extendió a Socorro un espejito que reflejó el neón anaranjado.

—Dáselo a Marina, de parte de los vivos.— Le pidió tomándole una mano y poniendo en ella el espejo. El reverso del espejo tenía pintada a

Blancanieves. El motor era de un camión blanco. Montserrat trató de retirar la mano de la de Socorro, pero Socorro la sostuvo con una sonrisa llena de reflejos metálicos.

Cuando salió despedida, justo enfrente de las llantas del camión, tuvo tiempo de ver el reflejo de sus ojos en la defensa cromada, abiertos, esperando. Las Tres quitaron la vista del cadáver, y se miraron una a la otra, calladas. Luego Guadalupe le aventó la pelota a Socorro, que empezó a botarla en el suelo, y en el silencio nocturno, cada bote de la pelota se oyó igual que el golpe del cuerpo contra el pavimento. Empezaron a caminar para irse, pero antes de hacerlo, Socorro se acercó a Montserrat y le puso el espejo sobre el pecho deformado por el golpe. Luego se volvió, y mientras caminaba, empezó a cantar suavemente.

—... Salió en medio de la noche y se hizo hermana de Marina.— Y le aventó la pelota a Lourdes.



Para tener Derecho a los SORTEOS, poner fecha

Se terminó de imprimir en noviembre de 1992  
Con un tiraje de 36,000 ejemplares



SISTEMA  
DE TRANSPORTE  
COLECTIVO

UN ESPACIO  
PARA  
LA CULTURA